FLORECILLAS DEL GLORIOSO PADRE SAN FRANCISCO Y SUS FRAILES

4ª Edición

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 SEVILLA
www.apostoladomariano.com

ISBN: 84.7770-304-3
D.L.: Gr. 5.217-2003
Impreso en España
Printed in Spain

PRIMERA PARTE

CAPITULO PRIMERO

De los doce primeros compañeros de San Francisco

Primeramente es de advertir que el glorioso Padre San Francisco, en todos los hechos de su vida, fue conforme a Jesucristo; porque así como Cristo, al principio de su predicación, eligió doce apóstoles que, despreciando todo lo mundano, le siguieron en la pobreza y en las demás virtudes, también San Francisco escogió, al principio de la fundación de la Orden, doce compañeros que profesaron altísima pobreza (1).

(1) Los doce primeros compañeros de San Francisco, no mencionados todos en este capítulo, ni aun en el resto de las *Florecillas,* son los que ponemos a continuación, según el orden de su adhesión a Francisco: Bernardo de Quintaval, Pedro Catáneo, Gil, Sabatino, Morico, Juan Capela, Felipe el Largo, Juan de San Constancio, Bárbaro, Bernardo de los Vigilantes, Angel Tancredi y Silvestre. Los que, siguiendo las fuentes más antiguas, cuentan a San Francisco entre los doce, excluyen a Silvestre de la lista de los primeros compañeros.

Y como uno de los doce apóstoles de Cristo fue reprobado por Dios, y acabó por ahorcarse, así uno de los doce compañeros de San Francisco, que se llamaba Fray Juan de la Capela, apostató y por fin se ahorcó. Lo cual es un grande ejemplo para los elegidos y motivo de humillación y de temor; porque hace ver que ninguno está cierto de perseverar hasta el fin en la gracia de Dios.

Y a la manera que los apóstoles fueron admirables a todo el mundo por la santidad y llenos del Espíritu Santo, así aquellos santísimos compañeros de San Francisco fueron hombres de tanta santidad que, desde el tiempo de los apóstoles hasta ahora, no tuvo el mundo otros maravillosos ni tan santos; pues alguno de ellos fue arrebatado hasta el tercer cielo, como San Pablo, y éste fue fray Gil; a otro, llamado fray Felipe Longo, le tocó un ángel los labios con un carbón encendido, como al profeta Isaías; otro, que fue fray Silvestre, conversaba con Dios, como un amigo con otro, lo cual hacía Moisés; otro se remontaba con la sutileza del entendimiento hasta la luz de la divina sabiduría, como el Aguila o sea San Juan Evangelista, y fue el humildísimo fray Bernardo, que exponía profundísimamente la Sagrada Escritura; otro fue santificado por Dios y canonizado en el cielo, viviendo aún sobre la tierra, y éste es fray Rufino, caballero de Asís (1); y, por este estilo, fueron todos privilegiados con singulares muestras de santidad, como se irá declarando.

(1) Fray Rufino no debe contarse entre los doce primeros compañeros.

CAPITULO II

Cómo San Francisco convirtió al caballero Bernardo de Asís (1)

El primer compañero de San Francisco fue fray Bernardo de Asís, que se convirtió de este modo. Cuando San Francisco andaba todavía con hábito de seglar, aunque ya había vuelto la espalda al mundo y se mostraba tan despreciable a la vista y enflaquecido por la penitencia que muchos lo tenían por fatuo y lo escarnecían como a loco, y hasta sus parientes, lo mismo que los extraños, le tiraban piedras y lodo, pasando él pacientemente por todas las injurias y afrentas, como si estuviera sordo y mudo; el caballero Bernardo de Asís, que era de los más nobles, ricos y prudentes de la ciudad, comenzó a considerar sabiamente en San Francisco su grande sufrimiento de las injurias en tan excesivos desprecios del mundo, y como, llevando ya dos años así abominado y escarnecido de todos, parecía cada vez constante y sufrido; y comenzó a pensar y decir para sí: Imposible que este Francisco

(1) Episodio de los primeros meses del año 1209.

no tenga alguna gracia extraordinaria de Dios.

Con este pensamiento lo convidó una noche a cenar y dormir en su casa; y San Francisco aceptó y fue a cenar y hospedarse con él. Bernardo, que estaba muy deseoso de observar la santidad de su huésped, le hizo preparar la cama en su propia habitación, alumbrada toda la noche con una lámpara. San Francisco, para ocultar su santidad, luego que entró en la habitación, se echó sobre la cama e hizo como que dormía; poco después se acostó también Bernardo y comenzó a roncar con fuerza, como si durmiese muy profundamente. Por lo que, San Francisco, creyendo que Bernardo dormía verdaderamente, dejó la cama al primer sueño y se puso en oración levantando los ojos y las manos al cielo y diciendo con grandísima devoción y fervor:

¡Dios mío! ¡Dios mío!

Y así estuvo hasta la mañana llorando a lágrima viva y repitiendo siempre: ¡Dios mío! sin añadir más. Y esto lo decía San Francisco contemplando y admirando la excelencia de la divina Majestad, que se dignaba socorrer al mundo proveyéndole de remedio en su siervo y pobrecillo Francisco, que, al procurar su salud espiritual, conseguía también la de los otros. Iluminado con espíritu de profecía, previendo las grandes cosas que Dios había de hacer por medio de él y de su Orden y considerando su insuficiencia y poca virtud, llamaba y rogaba a Dios que con su piedad y omnipotencia, sin la cual nada puede la fragilidad humana, supliese, ayudase y perfeccionase lo que por sí mismo no podía alcanzar. Viendo Bernardo, a la luz de la lámpara, los actos devotísimos de San Francisco

y considerando mucho las palabras que decía, se sintió tocado y movido por el Espíritu Santo a mudar de vida y, en amaneciendo, llamó a San Francisco y le dijo:

–Hermano Francisco, yo estoy dispuesto de todo corazón a dejar el mundo y seguirte en todo lo que me mandes.

Al oír esto San Francisco, se alegró vivamente y le dijo:

–Bernardo, esto que me dices es obra tan grande y dificultosa, que conviene pedir consejo a nuestro Señor Jesucristo y rogarle que se digne mostrarnos su voluntad acerca de ello y enseñarnos cómo lo podremos poner en ejecución. Vamos a la casa del Señor Obispo. Hay allí un buen sacerdote (1), le encargaremos que nos diga Misa, y luego haremos oración hasta la hora de tercia, pidiendo a Dios que en las tres veces que abramos el Misal, nos muestre la vida que quiere que elijamos.

Contestó Bernardo que esto le agradaba mucho.

Fueron, pues, al palacio del Obispo, y después de oir Misa y estar en oración hasta la hora de tercia, el sacerdote, a ruego de San Francisco, tomó el Misal y haciendo la señal de la cruz, lo abrió en nombre de nuestro Señor Jesucristo tres veces. La primera salieron aquellas palabras que dijo Cristo en el Evangelio al joven que le preguntó acerca del camino de la perfección: Si quieres ser perfecto, ve y vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y ven y sígueme. La segunda, apareció lo que dijo Cristo a los apóstoles cuando los

---

(1) Este sacerdote, según la tradición, sería Pedro Cataneo.

mandó a predicar: No llevéis nada para el camino, ni báculo, ni alforja, ni calzado, ni dinero; queriendo con esto enseñarles que todo el cuidado de la vida debían fiarlo a Dios, sin tener más mira que la predicación del Santo Evangelio. A la tercera, encontraron aquel consejo de Cristo: el que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y tome su cruz y sígame. Dijo entonces San Francisco a Bernardo:

–He aquí el consejo que Jesucristo nos da; vete, pues y cumple todo lo que has oído; y bendito sea nuestro Señor Jesucristo, que se dignó mostrarnos su vida evangélica.

En oyendo esto, marchó Bernardo y vendió todas sus riquezas, que eran muchas, y con grande alegría distribuyó su importe a pobres, viudas, huérfanos, peregrinos, monasterios y hospitales; y en todo le ayudaba San Francisco, fiel y próvidamente. Viendo uno, llamado Silvestre, que San Francisco daba y hacía dar tanto dinero a los pobres, picado de codicia, le dijo:

–Tú no me has pagado del todo aquellas piedras que me compraste para reparar las iglesias (1); ahora que tienes dinero, págame.

Maravillose San Francisco de la avaricia, pero no queriendo, como verdadero observador del Evangelio disputar con él, metió las manos en el bolsillo de Bernardo y llenándolas de monedas, las volvió a meter en el de Silvestre, diciéndole:

---

(1) Francisco, entendiendo materialmente las palabras que le hablara el Crucifijo de San Damián: "Ve y repara mi casa que se viene a tierra", había restaurado, los años anteriores, las tres iglesias de San Damián, San Pedro y la Porciúncula.

—Si más quisieras, más te daría.

Contento Silvestre con el dinero, se marchó a su casa; pero discurriendo después en lo que había hecho, reflexionó sobre su avaricia y se puso a considerar el fervor de Bernardo y la santidad de San Francisco. La noche siguiente y aun otras dos, le favoreció el Señor mostrándole una visión, como si de la boca de San Francisco saliese una cruz de oro, cuya cabeza llegaba al cielo y los brazos se extendían de oriente a occidente. Por efecto de esta visión dio, por amor de Dios, lo que tenía y se hizo fraile Menor; y llegó en la Orden a tanta gracia y santidad, que hablaba con Dios como lo hace un amigo con otro, según lo experimentó San Francisco muchas veces y se dirá más adelante.

Del mismo modo, Fray Bernardo recibió del Señor tanta gracia que a menudo era arrebatado en la contemplación divina; y San Francisco decía de él que era digno de suma reverencia y que era quien había fundado esta Orden, porque fue el primero que abandonó el mundo sin reservarse nada, sino dándolo todo a los pobres de Cristo, y comenzó la pobreza evangélica ofreciéndose desnudo en los brazos del Crucificado, el cual sea bendito de todos nosotros por los siglos de los siglos. Amén.

CAPITULO III

Cómo San Francisco fue a hablar con fray Bernardo (1)

El devotísimo siervo del Crucificado, San Francisco, con la mucha penitencia y el continuo llorar, había quedado casi ciego y veía muy poco. Una vez entre otras, partió del convento en que estaba, a otro en el que se hallaba fray Bernardo, para hablar con él acerca de las cosas divinas, y cuando hubo llegado, supo que estaba en oración en la selva, todo elevado y unido con Dios. San Francisco entró en la selva y lo llamó diciéndole:

—Ven y habla a este ciego.

Y fray Bernardo no le respondió nada; porque, siendo hombre de grande contemplación, estaba con

(1) El hecho debió suceder en los postreros años de San Francisco, cuando, después de su vuelta de Egipto, empezó a sufrir de los ojos hasta quedar ciego en los últimos años de su vida. El lugar, las *Cárceles*, convento situado sobre las vertientes del Monte Subasio, cerca de Asís. Parece, no obstante, un episodio de los primeros años.

la mente elevada y absorta en Dios; de ahí que tenía singular gracia para hablar de Dios, como lo había experimentado San Francisco muchas veces, y por esto deseaba hablar con él. Después de un poco lo llamó en la misma forma por segunda y tercera vez, y fray Bernardo no le oyó ninguna de las tres veces, por lo cual no respondió ni vino a su encuentro, de lo que San Francisco partió un poco desconsolado y se maravillaba y quejaba en su interior, porque fray Bernardo, llamado tres veces, no vino a su encuentro. Yendo San Francisco con este pensamiento, cuando estaba un poco lejos, dijo a su compañero:

—Esperáme aquí.

Y retirándose a un lugar solitario cerca de allí, se puso en oración pidiendo a Dios le revelase por qué no le había respondido fray Bernardo. Y oyó una voz de Dios que le decía:

—¡Oh, pobre hombrecillo! ¿De qué te has turbado? ¿Debe el hombre dejar a Dios por la criatura? Fray Bernardo, cuando lo llamabas, estaba conmigo y no podía acercarse a ti ni responderte; no te maravilles de que no pudiera hablarte, porque estaba fuera de sí y no oyó ninguna de tus palabras.

Oída esta respuesta del Señor, San Francisco volvió al instante con gran presteza a donde estaba fray Bernardo para acusarse humildemente del pensamiento que había tenido contra él. Viéndolo venir fray Bernardo, le salió al encuentro y se postró a sus pies; pero San Francisco lo hizo levantar y le contó con mucha humildad el pensamiento y la turbación que había tenido contra él, y cómo Dios lo había reprendido, y concluyó diciéndole:

—Te mando por santa obediencia que hagas lo que yo te ordenaré.

Temiendo fray Bernardo que San Francisco le mandase, como solía, alguna cosa extremada, quiso esquivar discretamente aquella obediencia y le respondió:

—Estoy pronto a obedecer si me prometes hacer también lo que yo te mandaré.

Y prometiéndoselo San Francisco, añadió fray Bernardo:

—Di ahora, Padre, lo qué quieres que yo haga.

—Te mando por santa obediencia, dijo San Francisco, que para castigar mi presunción y osadía, al echarme yo ahora en tierra boca arriba, me pongas un pie sobre el cuello y otro sobre la boca, y así pasarás tres veces de un lado a otro diciéndome afrentas y vituperios, y especialmente me dirás: aguanta ahí, villano, hijo de Pedro Bernardón, ¿de dónde te ha venido tanta soberbia, siendo una vilísima criatura?

Oyendo esto fray Bernardo, aunque se le hacía muy duro de ejecutar, por respeto a la santa obediencia cumplió con el mayor miramiento que pudo lo que San Francisco le había mandado; y después dijo San Francisco:

—Ahora manda tú lo que quieres que haga, pues te prometí obedecer.

—Te mando por santa obediencia —dijo fray Bernardo—, que siempre que nos hallemos juntos me reprendas y corrijas ásperamente de mis defectos.

San Francisco se maravilló mucho, porque fray Bernardo era de tanta santidad que le inspiraba grande reverencia, y en ninguna cosa lo consideraba digno de reprensión.

Por eso de allí en adelante San Francisco se guardaba de estar mucho tiempo con él, a causa de la dicha obediencia, para no tener que decir alguna palabra de corrección al que reconocía por tan santo; y cuando quería verlo u oírle hablar de Dios, lo más pronto que podía se apartaba de él y se marchaba. Y era de grandísima devoción el ver con cuánta caridad, reverencia y humildad San Francisco, Padre, trataba y hablaba con fray Bernardo, su hijo primogénito (1).

En alabanza y gloria de Cristo. Amén.

(1) Entre los primeros frailes estuvo en uso un castigo semejante al que se impuso San Francisco. Véase en el Apéndice al final del Capítulo I.

CAPITULO IV

Cómo vino un ángel a la puerta para hablar con fray Elías (1)

Al principio de la fundación de la Orden, cuando los frailes eran pocos y aun no tenían conventos, San Francisco fue por devoción a Santiago de Galicia y llevó consigo algunos frailes, de los cuales era uno fray Bernardo. Yendo de camino así juntos, halló en cierto país un pobre enfermo y compadeciéndose de él, dijo a fray Bernardo:

–Hijo mío, quiero que te quedes aquí para cuidar a este enfermo.

Y fray Bernardo, arrodillándose humildemente e inclinando la cabeza, aceptó la orden del Santo Padre y se quedó en aquel lugar. San Francisco siguió con los otros compañeros a Santiago. Habiendo llegado y estando de noche en oración en la iglesia del Santo Apóstol, reveló Dios a San Francisco que tenía que

(1) Este relato abraza, por lo menos, los años 1214-1221. En 1214 vino San Francisco a España para pasar a Marruecos, y sólo en 1221, muerto fray Pedro Catáneo, primer Vicario de San Francisco, es sustituído por fray Elías. No pudo entonces San Francisco llegar a Marruecos y de vuelta a Italia pasó por Santiago de Compostela, meta de las peregrinaciones en la edad media.

fundar conventos en aquellos países. Volviendo San Francisco por el camino de antes, encontró a fray Bernardo y al enfermo con quien lo había dejado, el cual había sanado perfectamente; por lo que San Francisco concedió a fray Bernardo, al año siguiente, que fuese en peregrinación a Santiago, y él volvió al valle de Espoleto; y residía en un lugar desierto con fray Maseo, fray Elías y algunos otros, todos los cuales se guardaban mucho de estorbarle o distraerle de la oración, por la gran reverencia que le tenían y porque sabían que en la oración le revelaba Dios grandes cosas.

Sucedió un día que estando San Francisco en el bosque, llegó a la puerta un hermoso joven en traje de peregrino y llamó con tanta prisa y por tan largo espacio, que los frailes se admiraron mucho de aquel desusado modo de llamar. Acudió fray Maseo, abrió la puerta y dijo al joven:

—¿De dónde vienes, hijo, que no parece hayas estado aquí nunca, por el modo tan desacostumbrado de llamar?

—¿Pues cómo se ha de llamar? —replicó el joven.

—Da tres golpes pausadamente —contestó fray Maseo—, uno después de otro, luego espera que el fraile haya dicho el Padrenuestro y venga, y si en este tiempo no viene, llama otra vez.

—Tengo mucha prisa —repuso el joven—, y llamo así fuerte porque tengo que hacer un gran viaje; yo he venido para hablar con fray Francisco; pero está orando en la selva y no lo quiero estorbar; vete y envíame a fray Elías, pues quiero hacerle una consulta, porque tengo entendido que es muy sabio.

Fue fray Maseo a decir a Fray Elías que aquel joven le esperaba; pero fray Elías se incomodó y no quiso ir. Por lo cual, fray Maseo no sabía qué hacer ni qué responder; porque, si decía que fray Elías no podía venir, mentía; y si decía cómo se había turbado y no quería ir, temía dar mal ejemplo. Mientras fray Maseo tardaba en volver, el joven llamó otra vez de la misma manera que lo había hecho antes. Poco después llegó a la puerta fray Maseo y le dijo:

–Tú no has llamado como yo te enseñé.

–Fray Elías –replicó el joven– no quiere venir; vé y di a fray Francisco que he venido para hablar con él, pero no quiero impedirle la oración, y dile que me envíe a fray Elías.

Fue fray Maseo a donde estaba San Francisco, y lo halló orando en la selva con la cara levantada al cielo. Rifirióle toda la embajada del joven y la respuesta de fray Elías; y aquel joven era un ángel de Dios en forma humana. San Francisco, sin moverse del sitio ni bajar la cara, dijo a fray Maseo:

–Vé y di a fray Elías que por obediencia salga inmediatamente a verse con ese joven.

Oyendo fray Elías el precepto de San Francisco, fue a la puerta muy turbado y abriéndola con grande ímpetu y ruido, dijo al joven:

–¿Qué quieres tú?

–Espera, hermano –respondió el joven– a que te pase esta turbación con que apareces, porque la ira oscurece el entendimiento y no deja conocer la verdad.

–Dime lo que quieres, insistió fray Elías.

–Quería preguntarte, contestó el joven, si es lícito

a los observadores del Santo Evangelio comer de todo lo que les ponen delante, según lo dijo Cristo a sus discípulos; y, además, si es lícito a ningún hombre ordenar algo contrario a la libertad evangélica.

—Eso bien me lo sé yo, dijo con soberbia fray Elías, pero no quiero responderte. Vete a tus negocios.

—Yo sabría responder mejor que tú a esta pregunta, añadió el joven.

Turbado fray Elías, cerró la puerta con ira y se marchó de allí. Después comenzó a pensar en la dicha cuestión y dudaba dentro de sí, y no la sabía resolver; y como era Vicario de la Orden, y había ordenado y hecho estatuto, fuera de lo dispuesto en el Evangelio y en la Regla de San Francisco, para que ningún fraile comiese carne, la dicha cuestión era expresamente contra él. No acertando, pues, a resolverla y reflexionando sobre la modestia del joven que había dicho que sabría responder mejor que él, volvió a la puerta para preguntarle acerca de la cuestión; pero había ya desaparecido, porque la soberbia de fray Elías no merecía hablar con el ángel. Después de esto volvió de la selva San Francisco, al cual había revelado Dios todas estas cosas, y reprendió a fray Elías fuertemente en alta voz, diciéndole:

—Mal haces, soberbio fray Elías, que echas de nosotros a los santos ángeles que vienen a enseñarnos. Mucho temo que tu soberbia te haga acabar fuera de la Orden.

Y así sucedió, como San Francisco se lo dijo, porque murió fuera de la Orden.

El mismo día y hora que el ángel se marchó, se apareció en aquella misma forma a fray Bernardo, que

venía de Santiago y estaba detenido a la orilla de un gran río (1), y lo saludó en su lengua, diciéndole:

—Dios te dé la paz, buen hermano.

Maravillado fray Bernardo de oír el habla de su patria con el saludo de paz y ver la hermosura del joven y la alegría de su semblante, le preguntó:

—¿De dónde vienes tú, buen joven?

—Vengo —respondió— del lugar en que mora San Francisco; fuí a hablar con él y no pude porque estaba en la selva contemplando las cosas divinas y no quise estorbarlo. En el mismo lugar moran fray Maseo, fray Gil y fray Elías; fray Maseo me enseñó a llamar a la puerta como lo hacen los frailes. Mas fray Elías, por no haber querido responderme a una cuestión que le propuse, se arrepintió después y quiso verme y oírme, pero no pudo. Después dijo el ángel a fray Bernardo:

—¿Por qué no pasas al otro lado?

—Temo el peligro —respondió— por la profundidad del agua.

—Pasemos juntos; no temas.

Y tomándolo de la mano, en un abrir y cerrar de ojos, lo puso al otro lado del río. Entonces fray Bernardo conoció que era un ángel de Dios y con grande veneración y alegría le dijo en alta voz.

—¡Oh, ángel bendito de Dios!, dime cuál es tu nombre.

—¿Por qué preguntas mi nombre, que es maravilloso? —respondió.

---

(1) El Ebro. Como se lee en los *Actus*, según un manuscrito del siglo XIV-XV.

Y desapareció, dejando a fray Bernardo muy consolado, tanto, que hizo todo el viaje con mucha alegría, fijándose en el día y hora en que el ángel se le había aparecido. Cuando llegó a donde estaba San Francisco con los dichos compañeros, les refirió todo por orden, y conocieron con certeza que, en aquel día y hora, el mismo ángel se les había aparecido a ellos y a él, y dieron gracias a Dios. Amén.

CAPITULO V

Cómo fray Bernardo fundó un convento en Bolonia (1)

Como San Francisco y sus compañeros habían sido llamados y elegidos por Dios para llevar en el corazón y en las obras la cruz de Cristo y predicarla a todos, parecían y eran hombres crucificados, así en cuanto al vestido, como en la vida austera y en todas sus obras y acciones; de ahí que deseaban más sufrir vergüenza y desprecios, por amor de Cristo, que ser honrados del mundo y recibir obsequios y alabanza vana. Antes con las injurias se alegraban y con la honra se entristecían, y así andaban por el mundo como peregrinos y forasteros sin llevar consigo otra cosa que a Cristo crucificado, y como legítimos sarmientos de la verdadera vid, Jesucristo, producían grandes y abundantes frutos en las almas que ganaban para Dios.

Sucedió, al principio de la Orden, que San Francisco mandó a fray Bernardo a Bolonia para que, con la gracia que el Señor le había dado, trabajase allí por

(1) Año 1211.

alcanzar frutos para Dios, y fray Bernardo, haciéndose la señal de la cruz, marchó cumpliendo la santa obediencia y llegó a Bolonia. Al verle los muchachos en hábito desusado y vil, le hacían muchas burlas e injurias tratándolo como a loco, y fray Bernardo lo llevaba todo con paciencia y alegría por amor de Cristo. Y aun para que más lo escarneciesen, iba de intento a la plaza de la ciudad y sentándose allí, se le reunían alrededor muchos chicuelos y hombres, y quién le tiraba de la capucha por detrás, quién por delante; uno le echaba tierra, otro piedras; éste lo empujaba de un lado, aquél de otro y fray Bernardo, siempre de un mismo ánimo y con semblante alegre ni se quejaba ni mudaba de lugar; y repetidos días volvió al mismo sitio para sufrir semejantes cosas. Y como la paciencia es obra de perfección y prueba de virtud, un sabio doctor en leyes, viendo y considerando la gran constancia y virtud de fray Bernardo y observando que durante tantos días con ninguna molestia ni injuria habían podido alterarla, dijo para sí: "Imposible que este hombre no sea un santo". Y acercándose a él le preguntó:

—¿Quién eres tú y a qué has venido aquí?

Fray Bernardo, por toda respuesta, metió la mano en el seno y sacando la Regla de San Francisco, se la dio a leer. Cuando la hubo leído, considerando su altísimo grado de perfección, se volvió con grandísima admiración y asombro de los compañeros y dijo:

—Verdaderamente éste es el más alto estado de religión que he oído jamás, y éste y sus compañeros son los hombres más santos de este mundo y hace grandísimo pecado quien lo injurie, antes se le de-

bería honrar sumamente; pues no cabe duda que es verdadero amigo de Dios.

Y dijo a fray Bernardo:

—Si quisieras lugar en que poder servir acomodadamente a Dios, te lo daría yo de buena gana por la salud de mi alma.

—Señor mío —contestó fray Bernardo—, yo creo que esto te lo ha inspirado nuestro Señor Jesucristo; acepto de buena gana tu ofrecimiento a honra de Cristo.

Entonces, el dicho Doctor, con grande alegría y caridad, llevó a fray Bernardo a su casa y después le dio el lugar que le había prometido disponiéndolo y arreglándolo todo a sus expensas, y desde aquel día fue padre y protector especial de fray Bernardo y sus compañeros. Fray Bernardo, por su santa conversación, comenzó a ser muy honrado de la gente, tanto, que se tenía por feliz quien podía tocarle o verle; pero él, como verdadero y humilde discípulo de Cristo y del humilde Francisco, temiendo que la honra del mundo le menoscabase la paz y salud del alma, se marchó de allí y volviendo a donde estaba San Francisco, le dijo:

—Padre, ya queda fundado el convento en la ciudad de Bolonia, envía frailes que lo conserven y habiten; pues yo ya no hacía allí ninguna ganancia, antes, por la demasiada honra que me daban, temo no haya perdido más de lo que gané.

Entonces San Francisco, oyendo por orden todo lo que Dios había obrado por medio de Fray Bernardo, dio gracias a Dios, que así comenzaba a dilatar los pobrecillos discípulos de la cruz, y envió compañeros

suyos a Bolonia y Lombardía, los cuales fundaron muchos conventos en diversas partes.

En alabanza y reverencia del buen Jesús. Amén.

CAPITULO VI

Cómo San Francisco oró por fray Bernardo para que triunfase de las tentaciones

Era tal la santidad de fray Bernardo, que San Francisco le tenía gran reverencia y muchas veces lo alababa. Un día, estando San Francisco orando devotamente, le reveló Dios que, por permisión suya, fray Bernardo debía sostener muchas y molestísimas batallas con los demonios; por lo que San Francisco, compadeciéndose tiernamente de dicho fray Bernardo, a quien amaba como a hijo, oró muchos días con lágrimas pidiendo a Dios por él y encomendándolo a Jesucristo para que le diese victoria contra el demonio. Y orando así devotamente San Francisco, un día le respondió el Señor:

–No temas, Francisco, porque todas las tentaciones con que fray Bernardo ha de ser combatido, le son permitidas para ejercicio de la virtud y corona del mérito y, finalmente, de todos los enemigos alcanzará victoria; porque es uno de los comensales del reino de Dios.

Con esta respuesta recibió San Francisco grandí-

sima alegría, y dio gracias a Dios; y desde entonces tuvo siempre a fray Bernardo mayor amor y veneración. Y bien se los mostró no sólo en vida, sino aun en la hora de la muerte. Porque, llegando a este trance San Francisco, y hallándose, como el santo patriarca Jacob, rodeado de sus devotos hijos, afligidos y llorosos por la pérdida de tan amable padre, preguntó:

–¿Dónde está mi primogénito? Acércate, hijo mío, para que te bendiga mi alma, antes que muera.

Entonces Fray Bernardo dijo en secreto a fray Élías, que era Vicario de la Orden:

–Padre, llégate a la mano derecha del Santo para que te bendiga.

Y haciéndolo así fray Elías, San Francisco, que por el mucho llorar había perdido la vista, puso la mano derecha sobre la cabeza de fray Elías, y dijo:

–Esta no es la cabeza de mi primogénito fray Bernardo.

Oyendo estoy fray Bernardo, se le acercó a la izquierda, pero San Francisco, cruzando los brazos, puso la derecha sobre la cabeza de fray Bernardo y la izquierda sobre la de fray Elías, y dijo al primero:

–Bendígate el Padre de nuestro Señor Jesucristo con todas las bendiciones espirituales y celestiales en Cristo. Porque tú fuiste el primer elegido en esta Orden para dar ejemplo de perfección y seguir a Cristo en la pobreza evangélica; pues no sólo diste lo tuyo, distribuyéndolo todo voluntariamente a los pobres por amor de Dios, sino que te ofreciste a ti mismo a Dios en esta Orden en sacrificio de suavidad. Bendito seas, pues, de nuestro Señor Jesucristo y de mí pobrecillo siervo suyo, con bendiciones eternas andan-

do y descansando, velando y durmiendo, en vida y en muerte. El que tú bendigas, sea bendito y colmado de bendiciones; si alguno maldijeses, no quedará sin castigo. Sé tú el primero de tus hermanos, y a tu mandato obedezcan todos los frailes; ten facultad para recibir a la Orden y para expulsar de ella a quien quieras: ningún fraile tenga potestad sobre ti. y séate lícito ir o estar donde te plazca.

Después de la muerte de San Francisco (1), los frailes amaban y reverenciaban a fray Bernardo como a un Padre venerable, y cuando estaba para morir, acudieron muchos de diversas partes, entre ellos el angélico y divino fray Gil, que, al ver a fray Bernardo, exclamó:

– *¡Sursum corda!*

El santo fray Bernardo encargó secretamente a un fraile que preparase a fray Gil lugar a propósito para la contemplación, y así lo hizo. Estando fray Bernardo en la hora de la muerte, se hizo incorporar y habló así a los frailes que tenía delante:

–Hermanos carísimos, no os diré muchas palabras; pero vosotros debéis considerar que el estado que yo he tenido en la Religión, lo tenéis vosotros, y el que tengo ahora, lo habéis de tener también; y esto siento en mi alma que por mil mundos como éste (2) yo querría haber servido a nuestro Señor Jesucristo y a

(1) San Francisco murió el año 1226; fray Bernardo vivía aún en 1240, pero no después del año 1246. Murió en Asís y fue sepultado en la basílica del Padre.

(2) Es decir: aunque hubiera tenido mil vidas o vivido mil veces, desearía haber empleado todo el tiempo en servir, etc.

vosotros; os ruego, hermanos míos carísimos, que os améis mutuamente.

Después de estas palabras y otras buenas enseñanzas, se echó sobre la cama y su semblante se puso resplandeciente y alegre sobremanera, de lo que se maravillaron mucho todos los frailes; y con aquella alegría su alma santísima, coronada de gloria, pasó de la presente vida a la bienaventurada de los ángeles (1).

En alabanza y gloria de Cristo. Amén.

(1) Acerca de la vida y muerte ejemplar de fray Bernardo, véanse los capítulos I y XXXVI del Apéndice.

CAPITULO VII

Cómo San Francisco pasó una Cuaresma en el lago de Perusa con la mitad de un panecillo (1)

Por cuanto el venerable siervo de Dios San Francisco, en algunas cosas fue otro Cristo, dado al mundo para salvación de las gentes, Dios Padre lo quiso hacer en muchos actos semejante y conforme a su Hijo Jesucristo, como se ve en el venerable colegio de los doce compañeros, en el hecho admirable de las sagradas llagas y en el ayuno continuado de la santa Cuaresma que hizo de este modo:

Estando una vez San Francisco, en día de carnaval, cerca del lago de Perusa, en casa de un devoto que lo había hospedado aquella noche, se sintió inspirado por Dios para ir a pasar la Cuaresma en una isla del lago, y rogó a su devoto, por amor de Cristo, que lo pasase en su barquilla a una isla que no estuviese habi-

(1) Año 1211 (Miércoles de ceniza, 16 de febrero; Pascua, 3 de abril) e Isla Mayor del Trasimeno. La primera Cuaresma, quizá, que pasa en soledad y con tanta aspereza a imitación perfecta de la que observó Cristo antes de su predicación.

tada, y que lo hiciese la noche del miércoles de ceniza, de modo que nadie los viese; y aquel hombre, por la grande devoción que le tenía, le cumplió cuidadosamente el deseo. San Francisco no llevó más que dos panecillos. Cuando llegaron a la isla y aquel amigo se marchaba para volver a su casa, San Francisco le rogó afectuosamente que no descubriese a nadie cómo el estaba allí y que no viniese a buscarlo hasta el Jueves Santo; y con esto partió, quedando solo San Francisco.

No habiendo habitación en que guarecerse, entró en una espesura de pinos y arbustos, que formaban como una pequeña cabaña o covacha, y se puso en oración entregándose a la contemplación de las cosas celestiales. Allí estuvo toda la Cuaresma sin comer ni beber, si no es la mitad de uno de los panecillos, según observó aquel devoto suyo el Jueves Santo, cuando fue a buscarlo; pues de los dos panecillos encontró uno entero y la mitad del otro. La otra mitad se cree que la comió el Santo, por reverencia, para no igualarse a Cristo bendito, que pasó cuarenta días y cuarenta noches sin tomar ningún alimento material; y así, con aquel medio pan, apartó de sí San Francisco el veneno de la vanagloria y, a ejemplo de Cristo, ayunó cuarenta días y cuarenta noches.

Después, en el lugar en que San Francisco había hecho tan maravillosa abstinencia, obró Dios muchos milagros por los méritos del Santo; por lo cual comenzaron los hombres a fabricar casas y habitarlas, y en poco tiempo se formó en aquel sitio un pueblo bueno y grande; allí está el convento de nuestros frailes, llamado de la Isla, y aun hoy día los vecinos de aquel

pueblo tienen grande reverencia y devoción al lugar en que San Francisco ayunó la dicha Cuaresma.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPITULO VIII

Enseña San Francisco cómo en la paciencia está la perfecta alegría

Yendo una vez San Francisco desde Perusa a Santa María de los Angeles con fray León en tiempo de invierno y con un frío riguroso que le molestaba mucho, llamó a fray León, que iba un poco delante, y le dijo:

–Fray León, aunque los frailes Menores diesen en toda la tierra grande ejemplo de santidad y mucha edificación; escribe y advierte claramente que no está en eso la perfecta alegría.

Y andando un poco más, le llamó San Francisco por segunda vez, diciendo:

–¡Oh, fray León! Aunque el fraile Menor dé vista a los ciegos y sane a los tullidos y arroje los demonios y haga oír a los sordos, andar a los cojos, hablar a los mudos y, lo que es más, resucite al muerto de cuatro días; escribe que no está en eso la perfecta alegría.

Después de otro poco, San Francisco levantó la voz y dijo:

–¡Oh, fray León! Si el fraile Menor supiese todas

las lenguas y todas las ciencias y todas las escrituras, de modo que supiese profetizar y revelar no sólo las cosas futuras, sino también los secretos de las conciencias y de las almas; escribè que no está en eso la perfecta alegría.

Caminando algo más, San Francisco llamó otra vez en alta voz:

–¡Oh, fray León, ovejuela de Dios! Bien que el fraile Menor hable la lengua de los ángeles, y sepa el curso de las estrellas y las virtudes de las hierbas, y le sean descubiertos todos los tesoros de las tierras, y conozca la naturaleza de las aves y de los peces y de todos los animales y de los hombres y las propiedades de los árboles, piedras y raíces y de las aguas; escribe que no está en eso la perfecta alegría.

Y habiendo andado otro trecho, San Francisco llamó alto:

–¡Oh, fray León! Si el fraile Menor supiese predicar tan bien que convirtiese a todos los infieles a la fe de Cristo; escribe que no está en eso la perfecta alegría.

Y continuando este modo de hablar por espacio de más de dos millas, le dijo fray León, muy admirado:

–Padre, te ruego, en nombre de Dios, que me digas en qué está la perfecta alegría.

–Supón –le respondió San Francisco– que al llegar nosotros ahora a Santa María de los Angeles, empapados de la lluvia, helados de frío, cubiertos de lodo y desfalleciendo de hambre, llamamos a la puerta de un convento y viene el portero incomodado y pregunta: "¿Quienes sois vosotros?" y diciendo nosotros: "Somos dos hermanos vuestros", responde él:

"No decís verdad, sois dos bribones que andáis engañando al mundo y robando las limosnas de los pobres: marchaos de aquí", y no nos abre, y nos hace estar fuera a la nieve, y a la lluvia, sufriendo el frío y el hambre hasta la noche; si toda esta crueldad, injurias y repulsas las sufrimos nosotros pacientemente sin alterarnos ni murmurar, pensando humilde y caritativamente que aquel portero conoce realmente nuestra indignidad y que Dios le hace hablar así contra nosotros; escribe, oh, hermano León, que en esto está la perfecta alegría. Y si perseverando nosotros en llamar, sale él afuera airado y nos echa de allí con villanías y a bofetadas, como a unos bribones importunos, diciendo: "Fuera de aquí, ladronzuelos vilísimos; id al hospital, que aquí no se os dará comida ni albergue"; si nosotros sufrimos esto pacientemente y con alegría y amor; escribe, oh fray León, que en esto está la perfecta alegría. Y si nosotros, obligados por el hambre, el frío y la noche, volvemos a llamar y suplicamos, por amor de Dios y con grande llanto, que nos abran y metan dentro; y él, más irritado, dice: "¡Cuidado si son importunos estos bribones! Yo los trataré como merecen"; y sale afuera con un palo nudoso, y asiéndonos por la capucha, nos echa por tierra, nos revuelca entre la nieve y nos golpea con el palo; si nosotros llevamos todas estas cosas con paciencia y alegría, pensando en las penas de Cristo bendito, las cuales nosotros debemos sufrir por su amor; escribe, oh fray León, que en esto está la perfecta alegría.

Y ahora oye la conclusión, hermano León. Sobre todos los bienes, gracias y dones del Espíritu Santo que Cristo concede a sus amigos, está el vencerse a sí

propio y sufrir voluntariamente, por amor de Cristo, penas injurias, oprobios y molestias; ya que de todos los otros dones de Dios no podemos gloriarnos, porque no son nuestros, sino de Dios; y por eso dice el Apóstol: "¿qué tienes tú que no lo hayas recibido de Dios? Y si lo has recibido de El, ¿por qué te glorías como si fuese tuyo?" Pero en la cruz de las tribulaciones y aflicciones podemos gloriarnos; porque es cosa nuestra; y así dice el Apóstol: "Yo no quiero gloriarme sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo". Al cual sea siempre honra y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

CAPITULO IX

Cómo San Francisco y fray León rezaron Maitines sin Breviario (1)

En los primeros tiempos de la Orden, estando una vez San Francisco con fray León en un lugar donde no tenía libro para rezar el Oficio divino, cuando llegó la hora de maitines dijo San Francisco a fray León:

–Carísimo, no tenemos breviario para rezar maitines; mas, a fin de emplear el tiempo en alabar a Dios, hablaré yo y tú me responderás lo que yo te enseñe; pero guárdate de decir otras palabras que las que yo te encargue. Yo diré así: "Oh fray Francisco, tú has hecho tantos males y pecados en el mundo, que eres digno del infierno". Y tú, fray León, responderás:

(1) No fue fray León de los doce primeros compañeros, pero entró en la Orden poco después de la primera aprobación de la Regla, en 1210; fue uno de los más apreciados compañeros y confidente de San Francisco, su confesor en los últimos años y de tal simplicidad y candor, que el espíritu de Francisco se complacía sumamente en él. Fue el San Juan de Francisco, el más fiel intérprete de su espíritu y de su vida, ya como historiador ya como comentarista. Murió en Asís y fue sepultado, como fray Bernardo, en la basílica del Padre.

"Verdaderamente que mereces estar en lo más profundo del infierno".

Fray León, con sencillez columbina, respondió:

–De buena gana, Padre; comienza en el nombre de Dios.

Comenzó, pues, San Francisco a decir:

–Oh, fray Francisco, tú hiciste tantos males y tantos pecados en el siglo, que eres merecedor del infierno.

Fray León respondió:

–Dios hará por tu medio tantos bienes, que irás al paraíso.

–No digas eso, fray León –replicó San Francisco–, sino cuando yo diga: "Oh, fray Francisco, tú has cometido tantas iniquidades contra Dios, que mereces ser maldito de Dios"; responderás tú: "Verdaderamente mereces ser echado entre los malditos".

–Así lo haré, padre –contestó fray León.

Entonces San Francisco, con muchas lágrimas y suspiros y golpes de pecho, dijo en alta voz:

–Oh, Señor mío, Dios de cielos y tierra, yo he cometido contra ti tantas iniquidades y pecados, que soy enteramente digno de tu maldición.

Pero fray León contestó:

–Oh, fray Francisco, Dios te hará tal, que entre los benditos serás singularmente bendecido.

Admirado San Francisco de que fray León respondiese siempre lo contrario de lo que le mandaba, le reprendió diciendo:

–¿Por qué no respondes como yo te encargo? Te mando, por santa obediencia, que digas como te voy a enseñar. Yo diré así: "Oh, fray Francisco miserable,

¿piensas tú que Dios tendrá misericordia de ti, habiendo cometido tantos pecados contra el Padre de las misericordias y Dios de toda consolación, que no mereces hallar misericordia?". Y tú, fray León, ovejuela, responderás: "De ningún modo mereces hallar misericordia".

Pero luego, cuando San Francisco dijo:

–Oh, fray Francisco miserable, etc., etc., fray León respondió:

–Dios Padre, cuya misericordia es infinita y mayor que tu pecado, hará contigo grande misericordia y sobre ella te añadirá muchas gracias.

Al oír esta respuesta San Francisco, dulcemente airado y pacientemente turbado, dijo a fray León:

–¿Cómo has tenido la presunción de obrar contra la obediencia, y ya tantas veces has respondido al contrario de lo que yo te dije y mandé?

Fray León contestó con mucha humildad y respeto:

–Bien sabe Dios, padre mío, que cada vez intenté decir como tú me habías mandado; pero Dios me hace hablar según a El le agrada y no como yo quiero.

Maravillándose de ello San Francisco, dijo a fray León:

–Te ruego encarecidamente que esta vez me respondas como te dije.

–Di en nombre de Dios –contestó fray León–, que esta vez responderé como deseas.

San Francisco dijo llorando:

–Oh, fray Francisco miserable, ¿piensas tú que Dios tendrá misericordia de ti, etc.?

–Antes bien –contestó fray León–, recibirás de

Dios grande gracia y te ensalzará y glorificará para siempre, porque quien se humilla será ensalzado; y yo no puedo decir otra cosa, porque es Dios quien habla por mi boca.

Y en esta humilde contienda velaron hasta el día con muchas lágrimas y consuelo espiritual.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPITULO X

Cómo fray Maseo tentó a San Francisco (1)

En cierta ocasión, morando San Francisco en el convento de la Porciúncula con fray Maseo de Marignano, hombre de grande santidad, discreción y gracia para hablar de Dios, por lo que era muy amado del Santo, un día que éste venía de orar en la selva, quiso el dicho fray Maseo probar su humildad, y haciéndosele encontradizo a la salida del bosque, le dijo casi reprimiéndole:

–¿Por qué a ti?, ¿por qué a ti?. ¿por qué a ti?

–¿Qué es lo que quieres decir con eso? –preguntó San Francisco.

–Digo por qué todo el mundo viene en pos de ti, y parece que todos ansían verte, oírte y obedecerte. Tú no eres hermoso de cuerpo, tú no tienes gran ciencia, no eres noble, ¿De dónde te viene, pues, que todo el mundo vaya en pos de ti?

(1) Fray Maseo fue natural de Marignano, cerca de Asís, unióse a Francisco el año 1211 y fue su compañero en muchos viajes y en muchos eremitorios. Murió en Asís hacia el año 1280.

San Francisco, vivamente regocijado, levantó el rostro al cielo y estuvo grande espacio con la mente suspensa en Dios; luego, volviendo en sí, se arrodilló y alabó y dio gracias al Señor; después, con gran fervor de espíritu, se volvió a fray Maseo, diciendo:

—¿Quieres saber de dónde a mí?, ¿quieres saber de dónde a mí, ¿quieres saber de dónde a mí que todo el mundo venga en pos de mí? Pues esto me viene de los ojos del Altísimo Dios que en todas partes contemplan a buenos y malos; porque aquellos ojos santísimos no han visto entre los pecadores ninguno más vil ni más inútil ni más grande pecador que yo, y no habiendo encontrado sobre la tierra criatura más vil para la obra maravillosa que se propone hacer, me escogió a mí para confundir la nobleza y la grandeza y la belleza y la fortaleza y la sabiduría del mundo, a fin de que se conozca que toda virtud y todo bien procede de El y no de la criatura, y ninguno pueda gloriarse en su presencia, sino que quien se gloría, se gloríe en el Señor, al cual sea toda la honra y la gloria por siempre.

Fray Maseo quedó asombrado de oír tan humilde respuesta, dicha con tan gran fervor; y conoció con certeza que San Francisco estaba fundado en verdadera humildad.

En alabanza de Cristo Amén.

CAPITULO XI

Cómo San Francisco hizo dar vueltas a fray Maseo para enseñarle el camino por donde debía ir (1)

Yendo de camino un día San Francisco con fray Maseo, éste iba un poco delante y al llegar a un sitio en que había tres caminos, por los que se podía ir a Sena, a Florencia o a Arezo, preguntó a San Francisco:

–Padre, ¿por qué camino debemos ir?

–Por el que Dios quiera –contestó San Francisco.

–Y ¿cómo podremos saber la voluntad de Dios? –dijo fray Maseo.

–Con la señal que yo te daré –repuso el santo–: te mando por el mérito de la santa obediencia que en esta encrucijada, en el mismo sitio en que tienes los pies, des vueltas alrededor, como hacen los niños, y no pares de darlas hasta que yo te lo diga.

Entonces fray Maseo comenzó a dar vueltas, y tan-

(1) Episodio de los principios, cuando Francisco era aún poco conocido (1211). El sitio tal vez sea Poggibonsi, que presenta al que viene de San Gemignano los tres caminos de Arezzo, Sena y Florencia.

tas dio, que, desvaneciéndosele la cabeza, como suele suceder con semejante ejercicio, cayó bastantes veces en tierra; pero como San Francisco no le decía que parase y él quería obedecer fielmente, se levantaba y comenzaba otra vez. Por fin, cuando giraba más aprisa, dijo San Francisco:

–Quieto, no te muevas.

Y habiendo parado en el acto, le preguntó San Francisco:

– ¿Hacia qué parte tienes la cara?

–Hacia Sena –respondió fray Maseo.

–Ese es –dijo San Francisco– el camino que Dios quiere que sigamos.

Yendo por aquel camino, fray Maseo se admiraba mucho de lo que San Francisco le había hecho hacer, como si fuera un chiquillo, a vista de los seglares que pasaban; sin embargo, por respeto, no se atrevía a decir nada al santo Padre. Cuando se acercaban a Sena, oyendo los habitantes de la ciudad que el Santo llegaba, le salieron al encuentro con tanta devoción, que lo llevaron hasta la casa del Obispo a él y al compañero sin dejarles tocar con los pies en tierra. Estaban a la sazón peleando algunos hombres, y ya se habían muerto dos de ellos. Mas, llegando allí San Francisco, les predicó tan devota y santamente, que los puso a todos en paz y en grande unión y concordia. Oyendo el Obispo de Sena esta santa obra que San Francisco hizo, lo invitó a su casa y lo recibió con grandísima honra, deteniéndolo aquel día y también la noche. Pero a la mañana siguiente San Francisco, como verdadero humilde que no busca en sus obras más que la gloria de Dios, se levantó temprano con su compañero

y partió sin que el Obispo lo supiese. De lo cual iba fray Maseo murmurando dentro de sí por el camino y diciéndose:

—¿Qué es lo que ha hecho este buen hombre? Me hizo dar vueltas como un chiquillo; y al Obispo, que tanto le honró, no le dijo una buena palabra ni le dio las gracias.

Y le parecía a fray Maseo que San Francisco había obrado indiscretamente. Pero, luego, volviendo en sí por inspiración divina, se reprendía diciendo en su corazón:

—Tú eres muy soberbio, fray Maseo, que juzgas las obras divinas, y bien mereces el infierno por tu indiscreta soberbia; porque el día de ayer hizo fray Francisco tan santas obras, que si las hubiera hecho un ángel de Dios no serían más maravillosas; por lo cual, aunque te mandara que tirases piedras, le deberías obedecer; pues todo lo que hizo en este viaje fue por disposición divina, como se ve por el buen resultado; porque, si no hubiera apaciguado a los que peleaban, no sólo hubieran perecido a cuchillo muchas vidas, como ya había comenzado a suceder, sino que también el diablo hubiera arrastrado muchas almas al infierno; por eso eres muy necio y soberbio en murmurar de lo que manifiestamente procede de la disposición de Dios.

Todo esto que decía fray Maseo en su corazón, yendo delante, le fue revelado por Dios a San Francisco, el cual se le acercó y le dijo:

—Procura atenerte a las cosas que vas pensando ahora, porque son buenas y útiles e inspiradas por Dios; pero la murmuración que traías antes, era ciega,

vana y soberbia, y te la sugería el diablo.

Entonces fray Maseo vio claramente que San Francisco le penetraba los secretos del corazón y comprendió que el espíritu de la divina Sabiduría gobernaba en todos los actos al santo Padre.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPITULO XII

Cómo San Francisco quiso humillar a fray Maseo

Queriendo San Francisco humillar a fray Maseo para que no se desvaneciese con los muchos dones y gracias que Dios le daba, sino que, por efecto de la humildad, creciese con ellos de virtud en virtud, en cierta ocasión, viviendo en un convento solitario con aquellos sus primeros compañeros verdaderamente santos, de los cuales era uno fray Maseo, dijo a éste delante de todos los demás:

–Fray Maseo, todos estos compañeros tuyos tienen la gracia de la oración y contemplación, y tú tienes la de predicar la divina palabra con agrado de la gente; y a fin de que puedan dedicarse a la contemplación, quiero que hagas tú el oficio de portero, el de la limosna y el de cocinero; y mientras ellos estén a la mesa, comerás tú fuera de la puerta del convento para que edifiques a cuantos vengan, diciéndoles, antes que llamen, alguna buena palabra acerca de Dios; y así ninguno tendrá que salir fuera sino tú; y esto lo harás por el mérito de la santa obediencia.

Fray Maseo, quitándose la capucha (1) e inclinando la cabeza, aceptó humildemente el mandato y lo cumplió, haciendo durante muchos días los oficios de portero, de la limosna y de cocinero. Pero los compañeros, como hombres iluminados por Dios, comenzaron a sentir remordimiento, considerando que fray Maseo era hombre de tanta perfección o más que ellos y cargaba él solo con todo el peso del convento. Por lo cual, movidos todos de un mismo afecto, fueron a suplicar al santo Padre que tuviese a bien distribuir entre ellos los dichos oficios, porque sus conciencias no podían sufrir qué fray Maseo llevase tanto trabajo.

Aceptó San Francisco sus consejos y accedió a lo que pedían; así que, llamando a fray Maseo, le dijo:

—Tus compañeros quieren compartir los oficios que te he dado, y, por tanto, voy a distribuirlos.

Fray Maseo respondió con mucha humildad y paciencia:

—Padre, lo que tú me mandas, sea todo o parte, lo miro siempre como dispuesto por Dios.

Entonces San Francisco, viendo la caridad de los compañeros y la humildad de fray Maseo, les hizo una plática admirable acerca de la santísima humildad enseñándoles que cuantos mayores dones y gracias nos concede Dios, tanto más humildes debemos ser; porque sin la humildad ninguna virtud es aceptable a Dios. Y después de la plática distribuyó los oficios con grandísima caridad.

En alabanza de Cristo. Amén.

---

(1) Los frailes traían, de ordinario cubierta la cabeza y, en señal de respeto y obediencia, se descubrían dejando caer la capucha sobre las espaldas.

CAPITULO XIII

Cómo San Francisco, yendo a Francia, levantó con el aliento a fray Maseo y lo arrojó delante de sí

El maravilloso siervo e imitador de Cristo, San Francisco, para conformarse en todo perfectamente a Jesucristo que, según el Santo Evangelio, envió a sus discípulos, de dos en dos, a todas las ciudades y lugares a que él había de ir; después que, a semejanza de Cristo, hubo reunido doce compañeros, los envió por el mundo, de dos en dos, a predicar. Y, para darles ejemplo de verdadera obediencia, comenzó el primero a peregrinar, imitando a Cristo, que empezó a obrar antes que a enseñar. Por eso, habiendo señalado a los demás las otras partes del mundo, tomó por compañero a fray Maseo y se puso en camino hacia Francia.

Llegando un día a un pueblo bastante hambrientos, fueron a mendigar el pan por el amor de Dios conforme a la Regla; San Francisco por una calle y fray Maseo por otra. San Francisco, como era pequeño y de aspecto despreciable, fue mirado cual pordiosero vil por los que no lo conocían, y sólo recogió algunos bocados y pequeños pedazos de pan duro; pero a fray

Maseo, que era hermoso y de buena talla, le dieron bastantes pedazos grandes y buenos y hasta algún panecillo entero.

Cuando hubieron terminado de mendigar, se retiraron juntos fuera del pueblo para comer en un sitio en que había una hermosa fuente y al lado una buena piedra ancha, sobre la cual echó cada uno la limosna que había recogido. Y viendo San Francisco que fray Maseo traía más pedazos de pan y más hermosos y grandes que los suyos, mostró grandísima alegría y dijo:

–Oh, fray Maseo, nosotros no somos dignos de tan gran tesoro.

Y como repitiese estas palabras muchas veces, le dijo fray Maseo:

–Padre carísimo, ¿cómo se puede llamar tesoro, habiendo tanta pobreza y falta de cosas necesarias? Aquí no hay manteles, ni cuchillo, ni platos, ni tazas, ni casa, ni mesa, ni criado, ni criada.

–Pues eso es, respondió San Francisco, lo que yo tengo por gran tesoro; porque aquí no hay cosa alguna dispuesta por la industria humana, sino que todo es de la Providencia divina, como se ve manifestado en el pan pordioseado, la mesa de piedra tan hermosa y la fuente tan clara; por eso quiero que pidamos a Dios que nos haga amar de todo corazón el tesoro de la santa pobreza, tan noble, que tiene por servidor al mismo Dios.

Dichas estas palabras, y habiendo tomado alimento y hecho oración, se levantaron para seguir el camino a Francia; y llegando a una iglesia, dijo San Francisco al compañero:

—Entremos a orar en esta iglesia.

Y fue a ponerse en oración detrás del altar. Allí recibió de la comunicación divina un excesivo fervor que le inflamó ardientemente en el amor de la santa pobreza, tanto que, así en el color del semblante como por el insólito movimiento de la boca (1), parecía exhalar llamas de amor; y viniendo así encendido hacia el compañero, le dijo:

—¡Ah! ¡ah! ¡ah! fray Maseo, dame a ti mismo.

Tres veces repitió esto, y a la tercera lo levantó en el aire con el aliento y lo arrojó delante de sí un buen espacio, causándole grandísimo asombro. Y contó después fray Maseo que, al levantarlo y empujarlo San Francisco con el aliento, sintió en el alma tanta dulzura y consuelo del Espíritu Santo, como jamás había experimentado en su vida.

Díjole después San Francisco:

—Carísimo compañero, vamos a San Pedro y San Pablo y roguémosles que nos enseñen y ayuden a poseer el tesoro inapreciable de la santísima pobreza, porque es tan noble y divino, que no somos dignos de poseerlo en nuestros cuerpos vilísimos: ésta es aquella virtud por la que se han de hollar todas las cosas terrenas y transitorias, y con la que se le quitan al alma todos los impedimentos para que libremente pueda unirse con el eterno Dios. Esta es aquella virtud que hace al alma conversar con los ángeles en el cielo, viviendo aún sobre la tierra. Ella acompañó a Cristo subiendo

(1) El latín tiene: *videbatur ex facie et oris hiatu quasi flammas amoris emittere;* que, literalmente, dice: del rostro y de la abertura de la boca parecía exhalar llamas de amor.

con el a la cruz, con él fue sepultada, con él resucitó y con él subió a los cielos; ella da en esta vida, a las almas que se le enamoran, ligereza para volar al cielo, y es guarda y defensa de la verdadera humildad y caridad. Pidamos, pues a los santísimos Apóstoles de Cristo, los cuales fueron perfectos amadores de esta perla evangélica, que nos alcancen de nuestro Señor Jesucristo esta gracia y que, por su santa misericordia, nos haga dignos de ser verdaderos amadores, observadores y humildes discípulos de la preciosísima, amabilísima y evangélica pobreza.

En estas pláticas llegaron a Roma, y entrando en San Pedro, San Francisco se fue a un rincón de la iglesia y fray Maseo a otro, y orando por largo espacio con muchas lágrimas y devoción, se aparecieron a San Francisco los bienaventurados Apóstoles San Pedro y San Pablo con gran resplandor y le dijeron:

—Ya que tú pides y deseas observar lo que Cristo y los Apóstoles guardaron, nuestro Señor Jesucristo nos envía a decirte que tu oración ha sido oída, y te concede a ti y a los que te sigan, el tesoro de la santísima pobreza. Te anunciamos, además, de su parte, que cualquiera que te imite en seguir perfectamente este deseo, tiene segura la eterna bienaventuranza, y tú y todos tus seguidores seréis benditos de Dios.

Dichas estas palabras, desaparecieron dejando a San Francisco sumamente consolado. Se levantó de la oración y acercándose al compañero le preguntó si Dios le había revelado algo, y respondiéndole él que no, le dijo San Francisco cómo se le habían aparecido los santos Apóstoles y lo que le habían manifestado.

Con esto, embargados ambos de alegría, determina-

ron volver al valle de Espoleto, dejando el viaje a Francia.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPITULO XIV

Cómo Cristo se apareció a San Francisco y a sus compañeros

En el comienzo de la Orden, estando una vez reunidos San Francisco y sus compañeros para hablar de Cristo, mandó muy enfervorizado a uno de ellos que, en nombre de Dios, hablase y dijese del mismo soberano Señor lo que el Espíritu Santo le inspirase. Y cumpliendo el fraile el mandato y hablando de Dios maravillosamente, San Francisco le impuso silencio y mandó a otro que hiciese lo mismo. Obedeciendo éste, habló de Dios excelentemente, y San Francisco le impuso silencio del mismo modo y mandó a un tercero, el cual también discurrió acerca de las cosas secretas de Dios tan profundamente, que San Francisco conoció que hablaba inspirado, como los otros, por el Espíritu Santo.

Lo cual se manifestó, además, con señal expresa; porque, estando en esta conferencia, apareció Cristo bendito en medio de ellos en forma de un joven hermosísimo y, bendiciéndolos a todos, los llenó de tanta dulzura, que todos ellos fueron arrebatados fuera

de sí y yacían como muertos, insensibles a las cosas de este mundo. Cuando volvieron en sí, les dijo San Francisco:

–Hermanos míos carísimos, dad gracias a Dios que ha querido revelar los tesoros de la divina sabiduría por la boca de los simples, porque Dios es quien abre la boca de los mudos y hace hablar sapientísimamente las lenguas de los sencillos.

En alabanza suya. Amén.

CAPITULO XV

Cómo los ciudadanos de Asís corrieron a Santa María de los Angeles para apagar el incendio (1)

Cuando San Francisco estaba en Asís, visitaba muchas veces a Santa Clara y le daba santas instrucciones. Y teniendo ella grandísimo deseo de comer una vez con él, y pidiéndoselo muchas veces, él nunca le quería dar este consuelo; por lo cual, viendo sus compañeros el deseo de Santa Clara, dijeron a San Francisco:

—Padre, esa rigidez no parece conforme a la caridad

(1) El suceso es posterior al 1219, puesto que, este año, la beata Inés, hermana de Santa Clara, había sido enviada a gobernar el monasterio de Monticelli, por lo cual temían las hijas de Clara que también su Madre, en saliendo, hubiera sido enviada a regir otro monasterio. Hija de una noble familia de Asís, nace Clara en 1193, resuélvese a imitar perfectamente a Francisco mientras éste predica la Cuaresma en Asís el año 1212 y la noche del Domingo de Ramos (19-20 de marzo), huye de la casa paterna y baja a la Porciúncula donde toma el velo de manos de Francisco, iniciando así la segunda Orden Franciscana, llamada primeramente de las Damianitas, de San Damián su primer monasterio cerca de Asís, y luego Clarisas, de su primera Madre. Murió el día 11 de agosto de 1253.

de Dios; porque, siendo la hermana Clara una virgen tan santa y amada del Señor, no parece bien que no la contentes en una cosa tan pequeña como es comer contigo, especialmente considerando que, por tu predicación, abandonó ella las riquezas y pompas del mundo. En verdad que, aunque te pidiera otro favor mayor que éste, se lo deberías hacer, como a hija tuya espiritual.

Entonces San Francisco les dijo:

—¿Os parece que la debo complacer?

—Sí, Padre, respondieron ellos; es bien que le des este consuelo.

—Puesto que así os parece a vosotros, añadió el Santo, también me lo parece a mí. Y para que sea mayor su consuelo, quiero que tengamos esta comida en Santa María de los Angeles; porque hace mucho tiempo que está cerrada en San Damián, y le agradará ver en Santa María el lugar adonde fue conducida y hecha esposa de Jesucristo; hemos de comer juntos aquí en el nombre de Dios.

El día convenido salió del monasterio Santa Clara con otra religiosa, y acompañándola los compañeros de San Francisco, vino a Santa María de los Angeles, saludó devotamente a la Virgen María delante de su altar, donde había recibido el velo, y la condujeron a ver el convento, mientras no era hora de comer. En tanto, San Francisco hizo poner la mesa sobre el suelo, como se acostumbraba. Llegada la hora, se sentaron a la mesa San Francisco y Santa Clara, y uno de los compañeros del Santo al lado de la compañera de Santa Clara, y después se acercaron humildemente a la mesa todos los demás compañeros.

Por primer manjar, San Francisco comenzó a hablar de Dios tan suave y maravillosamente que, viniendo sobre ellos la abundancia de la divina gracia, todos se quedaron arrebatados en Dios. Y estando así arrobados, con los ojos y las manos levantadas al cielo, los hombres de Asís, de Betona (1) y del país alrededor, vieron que Santa María de los Angeles y todo el convento y el bosque que entonces había al lado, ardían con violentísima llama, y parecía un incendio grande que abrasaba iglesia, convento y bosque a un tiempo; por lo que los habitantes de Asís corrieron allá con gran prisa para apagar el fuego, creyendo firmemente que todo ardía. Mas, cuando llegaron, vieron que nada ardía, entraron adentro y encontraron a San Francisco y a Santa Clara, con la demás compañía, arrobados en Dios por la contemplación de aquella humilde mesa. Con lo cual comprendieron claramente que aquel fuego era divino y no material y que lo había encendido Dios milagrosamente para significar y manifestar el amor divino en que ardían las almas de aquellos santos frailes y monjas; y partieron muy edificados.

Después de grande espacio, volviendo en sí San Francisco y Santa Clara, y los demás, y hallándose bien confortados con el manjar espiritual, se cuidaron poco de la comida del cuerpo; y, dando por terminado el devoto convite, Santa Clara volvió bien acompañada a San Damián. Las monjas se alegraron mucho cuando la vieron, pues temían no la hubiese enviado San Francisco a gobernar otro convento,

(1) Poblado algo elevado, frente a Asís.